

Lo que sea de cada quien

Diego Rivera en Cuernavaca

Vicente Leñero

El relato era impactante, doloroso. Se titulaba *El sótano* y había sido escrito por Lini M. de Vries, una norteamericana de origen holandés que residió un tiempo en Xalapa. No era un libro de ficción sino de memorias, aunque en la colección *ficción* de la Universidad Veracruzana lo publicó Sergio Galindo en 1959. El propio Sergio me obsequió un ejemplar advirtiéndome que las buenas conciencias xalapenses habían repudiado el libro con severidad y escándalo.

Me estremeció asomarme —a través de una prosa austera, simple— a la infancia de esa Lini M. de Vries masacrada por una madre que la llamaba puta desde niña, que la abofeteaba de continuo, que la encerraba en el sótano de una carbonera repleta de ratas, que la obligaba luego a trabajar en fábricas insalubres mientras la chiquilla soñaba en huir para convertirse en enfermera. El libro ya no lo decía pero lo consiguió finalmente, y como enfermera voluntaria militó con los republicanos españoles durante la Guerra Civil en el frente del río Jarama.

Eso lo supimos Estela y yo cuando conocimos a Lini en Cuernavaca, sorpresivamente. Daba clases de inglés y español junto con Betsie Hollants en el CIDOC de Iván Illich, durante los años sesenta.

La sojuzgada adolescente de *El sótano* se había convertido en una sesentona colmada de energía; vital, simpática, siempre vestida con esa ropa de nuestro folclor indígena. No parecían quedarle huellas de su infancia y ella misma nos contó lo que después escribió en un segundo libro sobre sus experiencias en la Guerra Civil —*España 1937. Memorias*— también publicado por la Universidad Veracruzana.

Luego de la derrota republicana, Lini se instaló en Nueva York. De ahí salió hu-

yendo del macartismo y se exilió en México como refugiada de guerra en 1949.

Además de sus clases en el CIDOC, Lini vendía piezas de vestir muy escogidas —blusas, vestidos, faldas— de esa ropa que ella misma usaba con orgullo. Tenía una pequeña tienda en la enorme casona donde vivía, en la calle de Humboldt, cerca del centro de Cuernavaca. La construcción existía desde los tiempos de Malcom Lowry, y en esos años sesenta —¿o desde siempre?— estaba convertida en una hospedería para turistas, casi todos norteamericanos jubilados. En la casona en lento deterioro se respiraba un aire *art déco* de los años veinte en muebles que se alternaban con equipales, con sofás y sillones de cuero que seguían siendo cómodos a pesar de su edad, con tapetes y adornos escasos.

Lini nos llevó una tarde a conocer la hospedería y ahí nos sorprendió ver de repente, sobre un grande muro encalado, un conjunto de pinturas a color trazadas por aquí y por allá sin orden preciso. Una de ellas parecía copiar el célebre Zapata con caballo del mural de Diego Rivera en el Palacio de Cortés.

—¿Y eso qué es, Lini? —preguntamos con asombro.

—A esta casa vino a vivir Diego Rivera, de 1927 a 1930, cuando pintaba su mural. Son trazos suyos, ¿los reconocen? Aquí bosquejaba lo que iba a pintar después en el Palacio de Cortés.

Con ojos desorbitados, Estela y yo repartíamos miradas a las figuras grotescas, tachoneadas, corregidas en el muro de cal.

—Éste es un tesoro del arte mexicano, Lini. Nada tan emocionante como ver los borradores de Rivera.

—Lo sabemos.

—Podrían llevarse a un museo, no sé. Ahora hay muchas técnicas para salvar pin-



Diego Rivera, 1946

turas así y trasladarlas adonde uno quiera, al mismo Palacio de Cortés en un lugar especial. Son parte de la obra.

—Los dueños ni lo piensan.

—¿Por qué?

—Porque les desbaratarían su casa, nada más imagínense.

—Desmontan el muro y luego construyen otro, cuál problema. Vale la pena rescatar las figuras. Parece como si las hubiera pintado ayer. ¿Nadie las conoce?

—Los turistas que se hospedan aquí.

—¿Ningún experto?

—Los dueños quieren conservar ese recuerdo de Diego. Se las obsequió.

—Es una pena que se queden aquí.

—A mí no me parece —dijo Lini, con un gesto definitivo.

Nunca supimos qué pasó.

En los años noventa —muerta Lini en 1982— Estela y yo fuimos a buscar la casona de Humboldt. Nos desorientamos tratando de encontrarla. Ya no existía. La habían derrumbado para construir un edificio de oficinas del gobierno de Morelos.

Los maravillosos monigotes de Diego Rivera desaparecieron seguramente durante el derrumbe. **u**